José R. Oviedo Palomino. *Campos semánticos; un estudio de léxico jurídico parlamentario*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 1997.- 79 pp. Tesis de Licenciatura.

La interdisciplinariedad es una meta comúnmente vocada pero raras veces conseguida en el mundo académico, fuera de las esporádicas reuniones y comisiones plurales dedicadas a un asunto al que se entiende concurren disciplinas convocadas no pocas veces por la polisemia.

El graduado ha aceptado el difícil desafío de presentar ante un jurado de estudiosos de la lengua y los textos un conjunto organizado de reflexiones y propuestas sobre el delicado tema de la terminología. Para ello ha aportado una experiencia personal en el trabajo de revisar la redacción de documentos parlamentarios, un conjunto de tesis lexicológicas sobre los campos en que se articula semánticamente el vocabulario, y algunas reflexiones derivadas de investigaciones lógicas.

Ha tenido que sortear dos importantes escollos. El primero reside en el presupuesto difusamente subyacente a esta clase de indagaciones: debajo del uso terminológico se promueve un ente real o un objeto de fundamento real: cosas y conceptos se dan por existentes debajo de las palabras. No es

necesario remitirse a las sospechas de Derrida acerca de la metafísica deslizada debajo de las más extendidas convicciones semióticas que coronan la corriente estructuralista en los estudios sobre las ciencias humanas. No se niega la cosa, sino el significado mismo, que ahora, dialécticamente convertido en significante, resulta un peldaño transitorio de la escala de descansos y metas siempre diferidas. De tiempo sabemos que se puede hablar de lo no existente, como se prueba por la experiencia de la mentira.

Una terminología no llega a postular cosas sino objetos. Ellos dependen de una perspectiva hacia el mundo exterior al lenguaje que algún lógico declara que coincide con los límites de su lenguaje. En una terminología se postula una red de conceptos a los que solamente se exige coherencia formal pero no existencia empírica. Esta coherencia incluso no alcanza rígida consistencia y exhaustividad, de modo que las terminologías se remiendan mutuamente con el cambio de paradigmas y de teorías.

Oviedo indaga sobre la expresión verbal de un terreno nocional acotado por un corpus definido de textos de derecho público. Cuida de definir las fuentes legítimas del campo nocional, en este caso, la que presenta esa institución del derecho parlamentario que se denomina *control*. En esta operación establece las propiedades, categorías y jerarquías de ese campo de conceptos de acuerdo a la legislación pertinente a un periodo dado de la historia parlamentaria. Aquí nos encontramos con la ambigüedad del término de **norma** en dos terminologías, la metalingüística y la jurídica. Los hechos colectivos y repetidos que recoge Oviedo, los ejemplos del uso al modo de la tradición lexicográfica frecuente, se encuadran dentro de la vigencia de una reglamentación homóloga; no pertenecen al habla sino al empleo terminológico por parte de parlamentarios o estudiosos del asunto. La restricción profesional de los usuarios es evidente y lleva los valores semánticos al terreno de la selección diastrática y pragmática. La norma del uso idiomático no presenta el ca-

rácter dinámico de la lengua viva porque la norma jurídica tiene un carácter imperativo hostil a los desplazamientos. En tales condiciones los sinónimos, afines y derivados, se presentan severamente codificados y sólo admiten algunas sencillas conversiones morfosintácticas. De primera intención parece que la sinonimia no se refiere a lo que llamamos significado, sino a lo que entendemos por referencia (pleno=cámara=representación nacional)

Oviedo hace una propuesta de integrar el mundo conceptual en cuadros sintetizadores. (pp. 53, 56, 59, 63). Para realizarlos acude a un sistema binario de oposiciones.

A este respecto tengo dos observaciones: la ausencia de relaciones que Hjelmslev llamó sublógicas y consideró características de los objetos lingüísticos, podría constituir una propiedad estructural que diferencia la relaciones lingüísticas y metalingüísticas de las relaciones lógicas en que básicamente domina el principio del tercio excluido, las que a mi modo de ver predominan en el análisis conceptual presentado en la tesis. ¿Dónde situar la neutralización, el sincretismo y otros fenómenos semejantes de la lingüística?

Más generalmente: no son las características puramente conceptuales tan agudamente trazadas en este trabajo una confirmación de que el estudio de las terminologías escapa al terreno de la lingüística, o para decirlo más precisamente: ¿no parecen tener las terminologías propiedades lingüísticas particulares como para tener un capítulo especial dentro de nuestras disciplinas?

Y la segunda: La terminología del control deriva de un acto colectivo de nominación y en mucho se parece a los nombres propios según Jakobson: en que significan solamente en relación con su remisión al código extralingüístico que le asigna tal valor. **Lulú** puede designar una niña, una mascota, una bebida y una tienda de barrio. ¿No ocurre lo mismo con "control parlamentario" según la Constitución, los

Reglamentos, los parlamentos interpretantes, los años, los países de sus vigencias?

El cuidado de la redacción y la novedad del tema son una demostración de que las ciencias del lenguaje no permanecen elusivas ante los problemas de la vida actual. La claridad y agudeza, el sentido crítico aplicados a este trabajo permiten recomendar, como lo he hecho en condición de asesor e informante la consulta de este trabajo, de los pocos relativos a una terminología de interés peruano y enfoque moderno.

Enrique Carrión Ordóñez